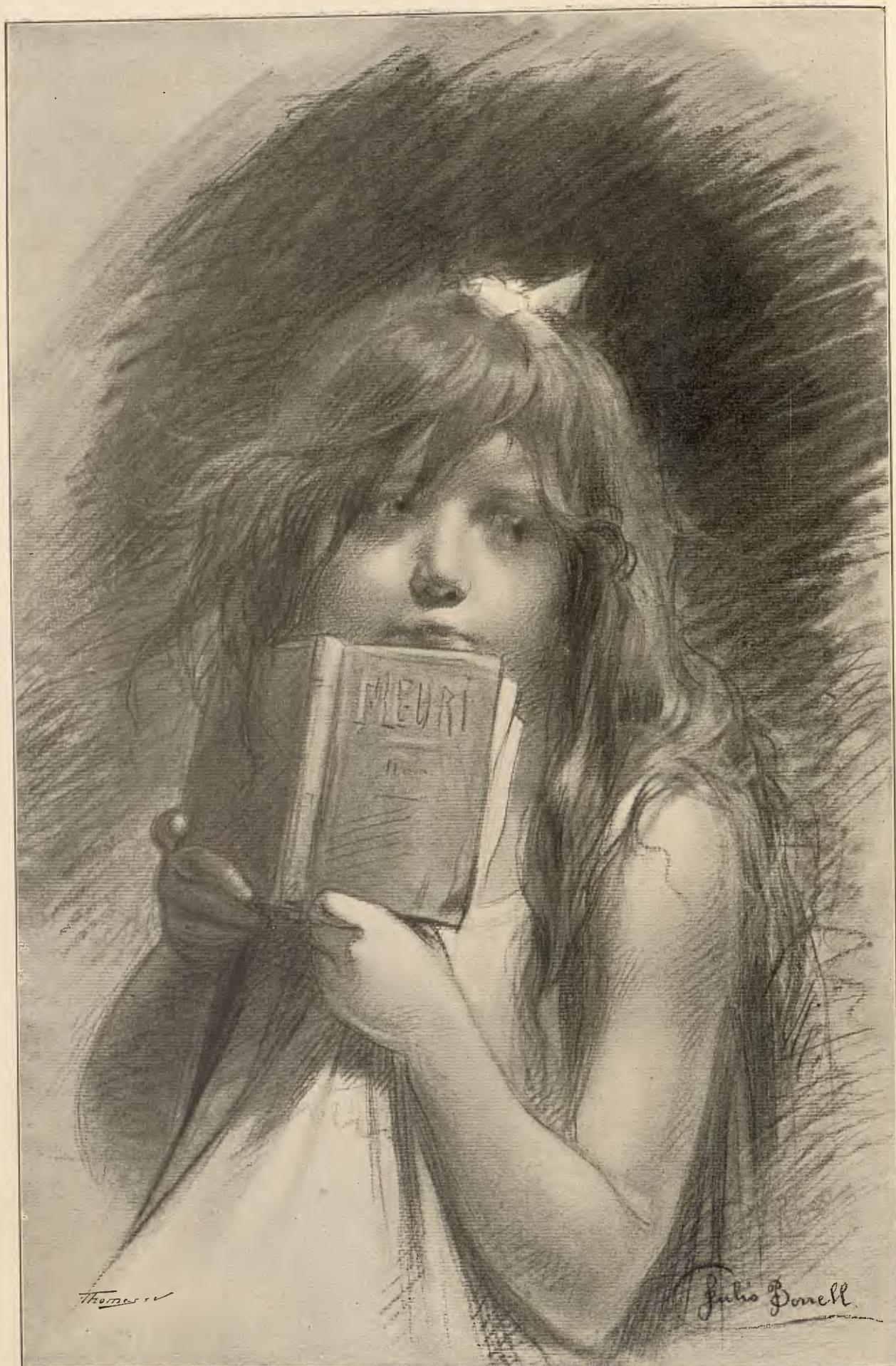


HISPANIA.



J. BORRELL.—PRIMERA LECCIÓN, PRIMER DOLOR



EL PRIMER REQUIEBRO

Matrimonio completamente dichoso era el de Rosario y Luis.

Jóvenes los dos; ella guapa, él arrogante; ambos con una regular fortuna, enamorados y amándose con delirio ¿que más podían apetecer?

Vivían en un piso alegre, frente á un jardín, lejos del bullicio de la corte, para que nada turbase aquella constante melodía de amor que coreaban los pájaros con sus trinos.

Todo allí respiraba tranquilidad, dulzura; aquella estancia sencilla y elegante parecía un nido elegido por la felicidad para recrearse en su obra.

Pasó el primer año de matrimonio, sin que la más pequeña nube apareciera en el cielo de la amante pareja; solo una cosa faltaba, algo que hiciera más inrompible aquella cadena: faltaba un hijo, y el Dios de los enamorados, siempre solícito, les concedió lo que con tanta fe se le pedía, enviándoles entre encajes y dormida en un lecho de flores, una niña blanca como los copos de la nieve y rubia como las espigas en Junio.

La venida al mundo de aquella angelical criatura fué para ellos el colmo de la dicha. Á cuidarla y á recrearse en ella consagraron los esposos sus cuidados, no viviendo más que para ella, solo para ella.

Se la bautizó, poniéndola el nombre de la madre; se buscó la mejor nodriza que había en el Valle de Pas y así





fué transcurriendo el tiempo, hasta que la niña dejó los andadores y comenzó á hablar á media lengua.

Con los años fueron creciendo los encantos de Rosario. Aquellos ojos grandes, azules, bordados por largas pestañas adquirieron brillo y expresión, dando realce á la cabecita de querube festoneada con rúblos rizos, que parecía bosquejada por el pincel de Murillo.

* * *

Y llegó el momento difícil.

La niña había cumplido doce años y hora era ya de

pensar seriamente en su educación, problema árduo para los padres, pues de ello depende la felicidad de la mujer.

Tras madura deliberación, y aunque para ello había que privarse de sus caricias durante algunos años, Rosario y Luis decidieron enviar á su hija á un *pensionnat* francés establecido en un risueño pueblecito de los Pirineos, en donde, á más de una completa educación moral, adquiriría una buena educación física.

Muchas lágrimas costó la separación, pero era necesaria para el bien estar de la hija querida y al fin Rosario quedó instalada en el colegio y los padres, tristes, vol-

vieron á Madrid á esperar resignados, que terminase el plazo que las necesidades de la vida les habían impuesto.

* * *

Un día, sentado en el balcón, el matrimonio hablaba, como siempre, de su hija cuando una doncella entró en el gabinete con una carta que acababa de traer el cartero.

Era de Rosario, de ella, de la hija querida. La madre arrebató la misiva á la doncella, rasgó el sobre y con acento tembloroso por la emoción leyó aquél para ellos preciado documento. Decía así:

« Papaitos de mi alma. » Despues de daros un millón de besos os voy á comunicar un ramillete de noticias agradables.

En primer lugar tengo que deciros que ayer terminaron los exámenes en el colegio y que en todas las asignaturas obtuve por unanimidad la nota de *sobresaliente*.

Despues, hice oposición al premio de honor que consistía en una magnífica muñeca, ricamente ataviada y también lo gané.

La Superiora me felicitó y cuando concluyó la ceremonia me llevó á su celda y me dijo; — Rosario, con los exámenes de hoy termina tu educación que has conseguido gracias á tu aplicación y á los consejos que en esta casa se te han dado y que has sabido aprovechar para bien tuyo. Ya estas en camino de ser feliz, tu eres buena y hermosa y podrás hacer dichoso al hombre que tenga la fortuna de llevarte al altar. Sé buena y obediente; apártate de la fastuosidad, huye de los espejos, pues tras el azogue de sus cristales está el diablo aconsejando mal.

Esto es sobre poco más ó menos lo que la Superiora me dijo.

Con que ya lo sabéis; venid por mí y tenedme preparada mi alcoba, con muebles bonitos y con un velador en el centro para mi muñeca, que jamás se separará de mi lado. Ya sabéis las advertencias de la madre Superiora no me pongáis armario de luna, ni espejos que á mi me da mucho miedo del diablo.

Nada más tengo que deciros y mientras llegais á mi lado os envía una vagón lleno de besos y abrazos vuestra hija.

ROSARIO

Cuando teminó la lectura de la carta, los esposos vertían abundantes lágrimas de alegría.

Sin pérdida de tiempo hicieron los preparatorios y al día siguiente, en el primer tren, salían en busca de su hija que tanto ansiaban estrechar entre sus brazos.

* * *

— ¿ Que tal, hija mía, te gusta tu alcoba ?

— Sí, mamasta, está lucidísima; aquí en este velador estará siempre mi muñeca.

— Ahora vistete y vete á casa de tu prima que está impaciente por verte. Como vive cerca, la doncella te acompañará, mientras viene tu padre para que comamos.

Rosario se puso un traje sencillo y un sombrero de paja adornado con amapolas, que hacía resaltar más su extraordinaria belleza.

Una vez en la calle y cuando ya estaba cerca de casa de su prima, un mozalbete de aspecto simpático, á quien apenas apuntaba el bozo, al ver á Rosario se acercó á ella y casi al oido le dijo — ¡ Pero qué bonita es Vd. !

Rosario se puso encarnada como la grana; en lo más hondo de su corazón sintió una cosa que nunca experimentara y apretó el paso, no sin antes mirar al galan con el rabillo del ojo.

* * *

— ¿ Qué tienes, hija mía ? ¿ parece que vienes triste ? ¿ Estás enferma ?

— No, mamá. El cansancio... un poco de dolor de cabeza...

— ¿ Te gustan estos ramos que he puesto adornando la cónsola ?

— Mucho, muchísimo, pero voy á pedirte un favor.

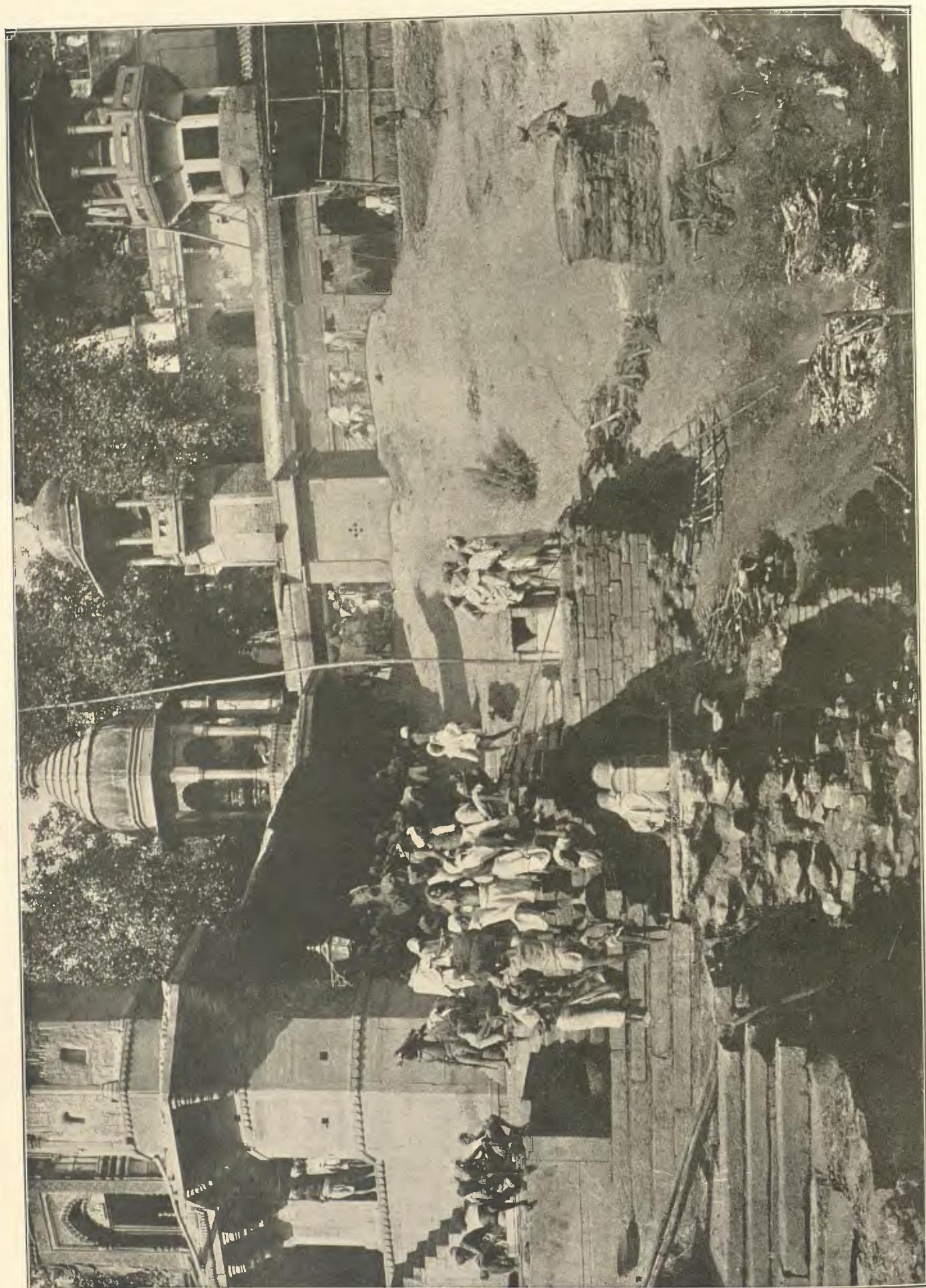
— ¿ Cuál ?

— Que guardes la muñeca en su cuarto y que me pongas aquí, frente al tocador, un armario de luna.

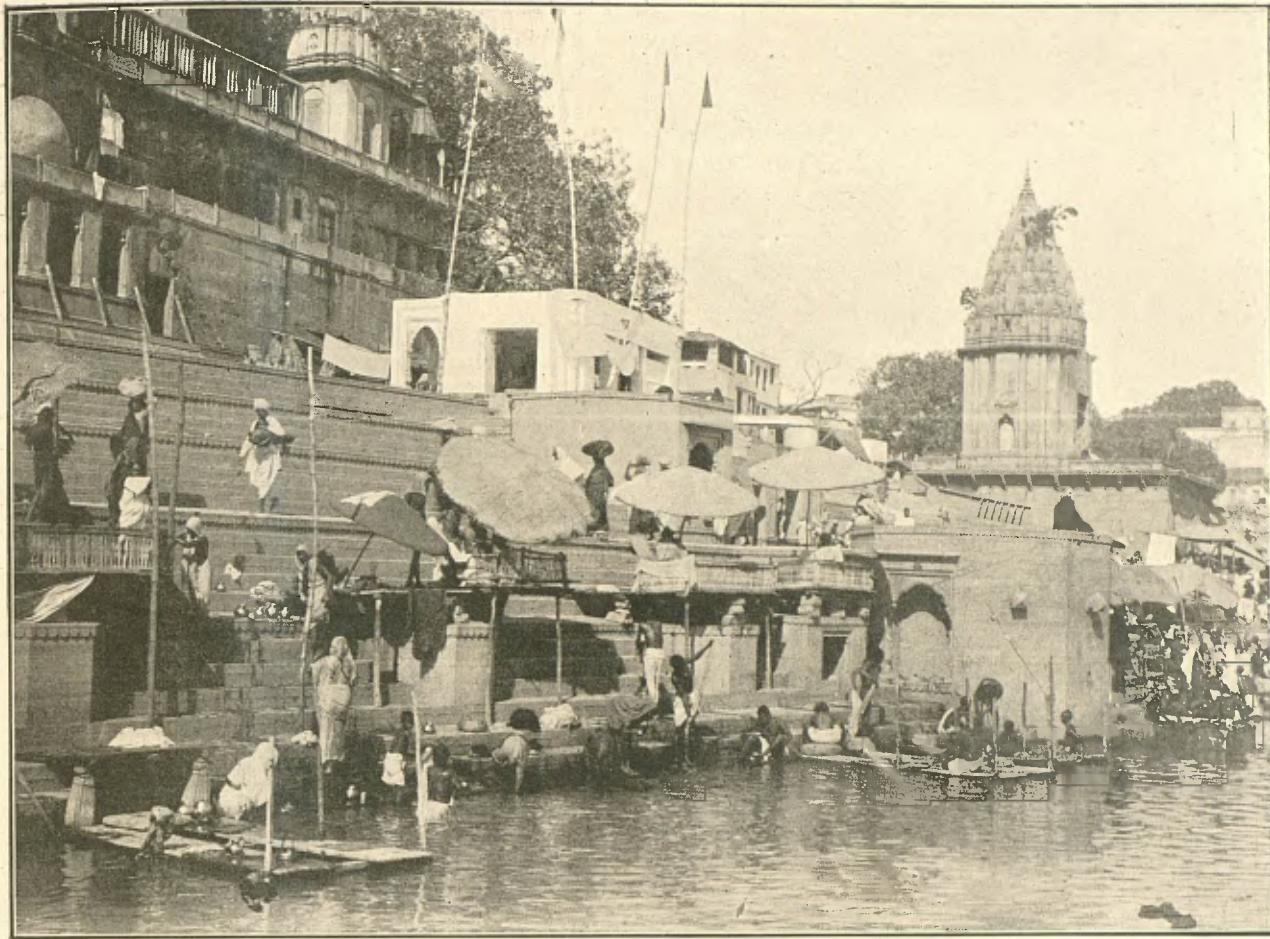
EDUARDO MONTESINOS

Ilustraciones de J. MIR





En Benarés. - Pira para la cremación de los cadáveres



En Benarés. — Indios bañándose en el Ganges

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

por
ANTONIO CORTÓN

CARTA SEGUNDA

Benarés. — Supersticiones religiosas. — Cremación de cadáveres. — Breve historia de la ciudad. — El Ganges. — Baños por devoción y por placer. — Andando por las calles. — Dos prestidigitadores.

BENARÉS, Enero 6

Héme aquí en Benarés; ¿No te lo decía yo? El que en Benarés no se asfixia, es que *está escrito* que de asfixia no muere. Porque entre los ciclones del Ganges, que suelen ahogar, á lo mejor, á los peregrinos devotos, y el humo que sale de las piras que arden día y noche en frente del *Manmenka Ghat*, está uno constantemente en peligro de muerte. Y la verdad es que, siendo católico, no me causa ilusión alguna el morir aquí. Menos mal, si fuese devoto del viejo Brahma, que así, al menos, muriendo en Benarés, tendría seguro el paraíso ó una buena transmigración futura. Algunos hay que al sentirse enfermos de gravedad se hacen trasladar á Benarés, para tener la fortuna de dar las últimas boqueadas en la ciudad sagrada, en la Meca del brahmanismo.

Entre los hijos del Indostán hay, según sus creencias, distintos procedimientos para dar sepultura ó hacer desaparecer los cadáveres. Uno de ellos es la cremación, la cual se verifica al aire libre y á la vista de todo el mun-

do, utilizando unas grandes piras de leña, en las que colocan el cadáver y le pegan fuego, que van sosteniendo hasta que queda completamente consumido. Delante del *Manmenka Ghat*, el santo de los santos, arden constantemente las piras, que lanzan prolongadas llamas y despiden una densa y fétida humareda. Algunos operarios, casi desnudos, atizan el fuego con largas barras de hierro ó echándole jarros de aceite. A cada paso se tropieza con osamentas y se hunde el pie en aquella ceniza humana, ardiente todavía, que amontonada en aquel sitio por espacio de varios siglos forma una capa de muchos metros de profundidad. Los parientes de los difuntos y muchos curiosos suelen presenciar desde el *Ghat* (escalera), el acto de la cremación. La mancha blanca que se vé en la parte inferior derecha de la fotografía que te incluyo es un cadáver que, envuelto en un lienzo, está esperando turno.

Si hay ciudad vieja en el mundo, es sin duda Benarés. Fundada hacia la época de la ruina de Troya, lleva sus treinta siglos á cuestas con dignidad y gallardía, manteniendo su fama de capital religiosa del mundo brahmánico



En Benarés. — Una pareja de prestidigitadores.

y budhista, y viendo reverenciado su nombre por más de quinientos millones de hombres. 800 ó 900 años antes de Cristo era ya Benarés el centro de los estudios teológicos y filosóficos. Dos grandes escuelas rivales, los *brahmanes* (espiritualistas) y los *suastikas* (materialistas y ateos) subdivididos por innumerables sistemas, llenaban la populosa ciudad con sus conventos, sus colegios y sus sinagogas. Y así vivió, entre el tumulto de las discusiones, Benarés, el *Lotus del mundo*, como la llaman los indios, hasta el año 595 antes de nuestra era, en cuyos días Sidharta, el *Cristo indio*, que era un joven príncipe de la costa de los *Kshatryas* (guerreros y magistrados) adoptando la vida monástica y tomando el nombre de *Cakia Mouni*, enseñó los preceptos de una nueva religión, precursora de la moral cristiana. Se hizo entonces Benarés la ciudad santa del budhismo; pero la revolución religiosa del siglo IX de nuestra era logró dar al traste con el budhismo, que emigró á otras regiones del Asia, volviendo á ser entonces la vieja ciudad — y aun sigue siéndolo en nuestros días, — la capital del brahmanismo. Según el último censo, el de 1891, tiene Brahma en la India muy cerca de doscientos ocho millones de fieles. Benarés recibe anualmente la visita de 300.000 peregrinos que apenas bajan del elefante ó del camello, van piadosos y compungidos á remojarse el cutis en el Ganges.

¡El Ganges!... No he podido contemplarle sin profundísima emoción. Los que pertenecemos á la raza indo-europea no debemos olvidar nunca que las ondas del Ganges presenciaron el desarrollo de nuestra civilización ariana y los progresos de nuestras artes, ciencias y cultos. El caudaloso río, *Sri Ganja Dji*, como dicen sus adoradores, desciende del Himalaya, corre hacia el E. y desemboca, dividido en varios brazos, —unos de los cuales es el *Hougly*, que ya conoces — en el golfo de Bengala, después de un curso de 2.500 kilómetros, en el cual recibe once grandes afluentes. En los tiempos coetáneos no se suele mentar al viejo río, sino cuando se habla del cólera mor-

bo, el *huésped* del Ganges...; pero en otro tiempo, hace treinta centurias ¡ que gran papelón hacía !...

En la parte del río en que se bañan devotamente, obedeciendo á la ley brahmánica, los centenares de peregrinos que invaden la ciudad de Benarés, el espectáculo no es ameno. Hay allí cada peludo brahman, cada astroso fakir y cada guardia de turbante rojo que asustan y que só color de cobrar el baño ó de vender rosarios y amuletos, dejan exhaustas las bolsas...; pero en cambio, uno de los panoramas más hermosos de la India es la vista de las orillas del Ganges (no sagrado) por la mañana, en la que acuden á miles los indios para bañarse. Se ven grandes palacios arruinados y hundidos en las orillas del río, presentando un conjunto pintoresco y brillante, con los parasoles de palma, infinidad de banderolas, orquestas extravagantes compuestas de flautines, tamboriles y platillos, &c.

Aquí y allá se ven peluqueros que ejercen su oficio, y fakires importunos que piden limosna, y juglares y encantadores de serpientes ó *sapwallahs* que llevan al brazo ó sobre su cabeza enormes cestas conteniendo el reptil sagrado, que ellos mismos cautivaron entre las breñas, haciendo sonar su rústico flautín.

Dando mi último adios al Ganges y ganoso de ver el interior de la ciudad, pregunté á mi guía, ex-soldado inglés, ya bastante viejo, que en 1857 peleó contra los cipayos, durante la terrible revolución de Nana Sahit :

— ¿No será fácil encontrar un coche á cualquier precio?

— Imposible — me contestó; no se entra en Benarés, sino á pie.

— ¿Y cómo así? ¿Es que lo prohíbe la ley brahmánica? Tus compatriotas, que en su excesiva tolerancia, hasta respetan en los indios el derecho de envenenarse bebiendo el agua fétida del *Gayán Bapí* ¿quieren condonar también á un español á caminar á pie por las calles de Benarés?

— No es eso, señor; es que no hay en Benarés una sola calle bastante ancha para que pueda pasar un coche; en muy pocas cabe un elefante, y en las más es tan compacta la multitud, que ni aún podría circular libremente un caballo.

Me quedé estupefacto; pero no tardé en verlo con mis propios ojos. ¡Y yo que me había admirado de la estrechez de las calles de Toledo! ¡Y yo que antes veía sorprendido el hormiguero humano de las Ramblas, al anochecer de un domingo!... Quien no haya dado un paseo por una calle de Benarés no sabe lo que son gentío, alboroto, calor, mal olor, pisotones, codazos... Jurando por la cola de una vaca — juramento el más solemne para un indio — no volver á meterme en la ciudad, hube de refugiarme, en busca de aire puro, en las afueras... Y no me pesó; porque allí, en las afueras, á la sombra de un árbol frondosísimo, tuve el gusto de ver los dos primeros ejemplares de un tipo muy común en la India: el prestidigitador ambulante.

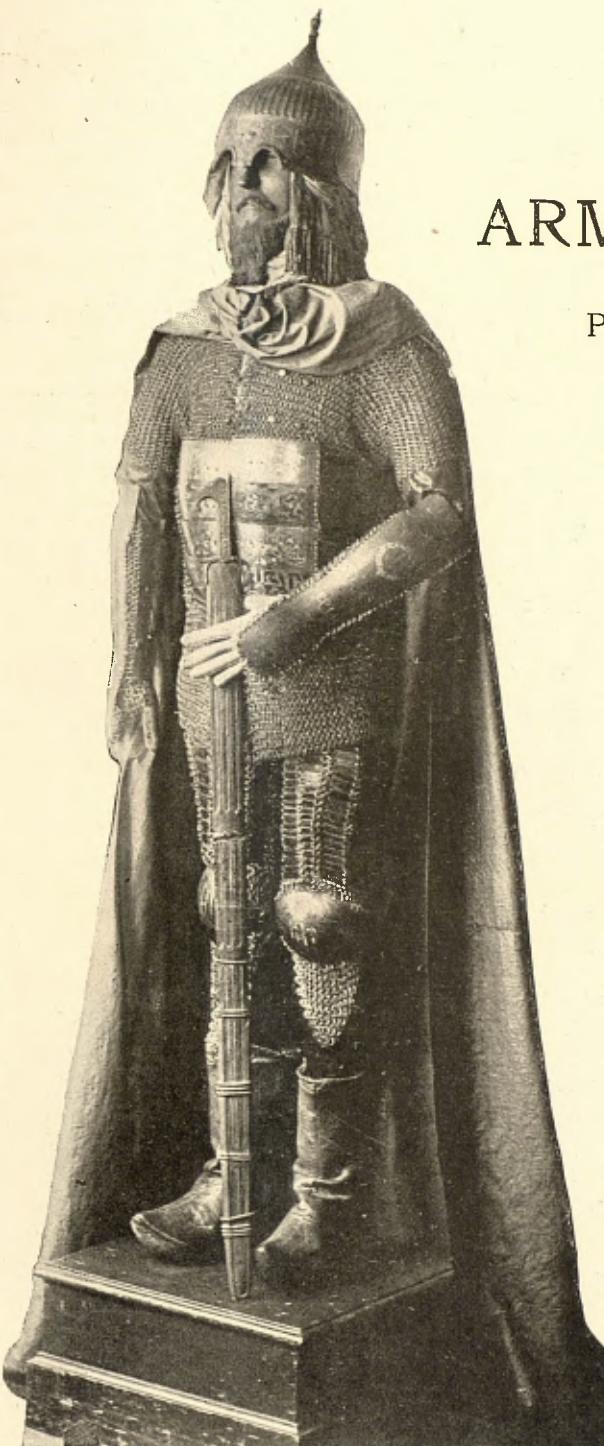
Los que yo ví, bastante ancianos los dos, vestidos pobremente, cubriendo su cabeza con una toalla, á modo de turbante, tan pronto como me acerqué á ellos, sentáronse en el suelo y prepararon sus chirimbolos. Los indios, en general, tienen mucha facilidad para los juegos malabares y de prestidigitación, que realizan con una limpieza admirable. Mediante una pequeña propina, suelen ejecutar esos juegos en las calles ó paseos y muy especialmente en las entradas de los hoteles. Esta especie de *juglares* — escamoteadores, acróbatas, encantadores de serpientes, &c., — con las gentiles y poéticas bayaderas de que tanto hablan los viajeros, suelen dar una nota de amenidad á la vida del europeo por estas latitudes.

Te dejo para preparar mis maletas de viaje. Salgo para Lucknow, de donde te enviaré mi próxima carta.

Tu afectísimo,

Luis.

Fotografías inéditas de ROMÁN BATLLÓ



UNA VENTA DE ARMADURAS ÁRABES

Procedentes de la Colección OSUNA

Hoy día, ya en el Hotel Drouot y en otros sitios de venta de París, y de otras poblaciones de Europa no se encuentran armas ni armaduras antiguas que tengan algun valor histórico. Es tal la requisa que han hecho los museos, que apenas si quedan algunas piezas muy medianas ó dudosas en casa de los anticuarios.

El Museo Nacional Suizo, hace pocos años al montarse en Zurich, adquirió por valor de dos millones de francos de armas. Así, hoy día no se halla ya nada en Suiza, habiendo sido un verdadero arsenal donde iban los *amateurs* y anticuarios á buscar armas históricas, pues sabido es que los suizos, desde fines de la Edad Media, habían servido como voluntarios á todos los príncipes y gobiernos de Europa.

Así, cuando, muy de tarde en tarde se anuncia la venta de algunas armas notables, es un verdadero acontecimiento para los aficionados y coleccionistas, llegando los ejemplares á adquirir precios fabulosos en la subasta.

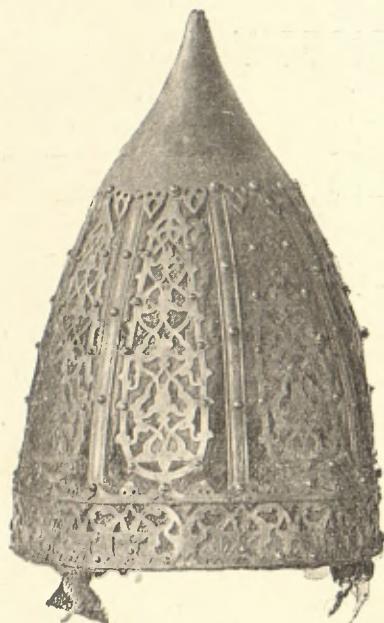
La venta Spitzer fué ejemplo de ello, pues armas comunes, y aun alguna dudosa, se pagaron miles de francos, disputándose las colecciónadores.

La colección del duque de Osuna, fué vendida en varios lotes. Si mal no recordamos, lo fué, casi

síntáneamente, en Colonia, Londres y San Petersburgo. Todos los grandes *amateurs* y los delegados de los museos acudieron á la venta, y así las armas aquellas fueron dispersadas; pero cada vez que por muerte de un coleccionador vuelven á venderse algunas piezas históricas de aquella procedencia, vuelve á ser la venta un verdadero acontecimiento artístico-arqueológico.

Hace poco que, por muerte del conde de M***, se trató de vender en conjunto toda su preciosa armería que constaba de más de 2000 piezas. No habiéndose podido hallar postor, hanse vendido en lotes sueltos sucesivamente la mayor parte de las piezas. Hace unos días se pusieron á la venta en su castillo, cerca de Basilea, las piezas hispano-árabes procedentes de la colección Osuna. Por su rareza llamaron la atención de todos los directores de Museos y grandes coleccionadores. Se trataba nada menos que de,

Una armadura, ecuestre, de caballero árabe cordobés, completa, lo mismo la del caballero que la del caballo.



Una armadura de *valí árabe*, de fines de la edad media, á pie.
Un casco de árabe *español*, de la época de los Omeádes.
Otro de en tiempos de los reyes de Granada.
Otro de un jefe de galeras turco, de los que fueron hechos prisioneros en Lepanto.

Todas estas piezas, siendo absolutamente auténticas, eran de la mayor riqueza.

La armadura ecuestre, como la de á pie, á más de conservar sus mallas remachada cada anilla con su correspondiente clavito, tenían damasquinados de oro y plata versículos del Korán formando dibujos. Uno de ellos dice así:

Sé como el sándalo, que perfuma hasta el hacha que lo parte.

La armadura ecuestre, según puede verse en la fotografía, toda ella revela el origen persa de los atavíos usados por los árabes españoles. Lástima que para completarla no conservándose de la címitarra que le perteneciera más que la hoja y parte de la vaina, le pusieran un puño que es árabe oriental relativamente moderno.

Además de dichas piezas figuraban en la venta algunas otras de menor importancia.

La venta fué disputadísima, pujaron dichos objetos los delegados del Museo de Artillería de París, del Maximilianeum de Agsbourg, del de Armas é indumentaria de Munich, del Kensington de Londres, del de San Petersburgo, del Arsenal de Viena, y varios particulares, entre los que se distinguió un norteamericano por las enormes sumas que ofrecía por los objetos.

Estos alcanzaron los precios siguientes:

La armadura ecuestre, cincuenta y siete mil francos, quedando para el museo de San Petersburgo.

La armadura á pie, cuarenta y nueve mil, quedando para el norteamericano Mr. R***

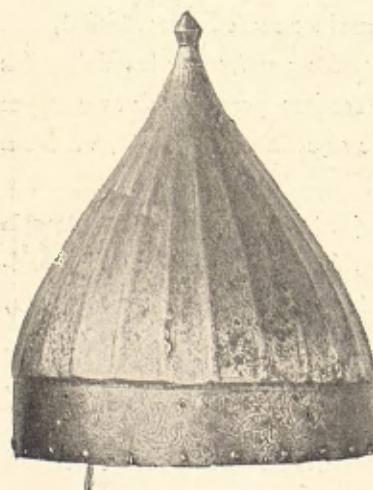
El casco primitivo árabe, diez mil doscientos francos, quedando para el Museo de Munich.

El casco árabe de la última época subió á siete mil quinientos francos, quedando para el norteamericano.

El casco de Lepanto, lo adquirió por cinco mil seiscientos francos el Museo Británico.

Y las demás piezas fueron también repartidas por el estílo.

Lo más triste de todo esto es que infinitad de piezas históricas y de joyas de arte como estas, habiendo salido de España, hayan ido á parar á otras naciones que se las disputan, y los españoles las dejan salir, se las venden ó no las adquieren, como si de sus glorias no les importara más que el nombre.

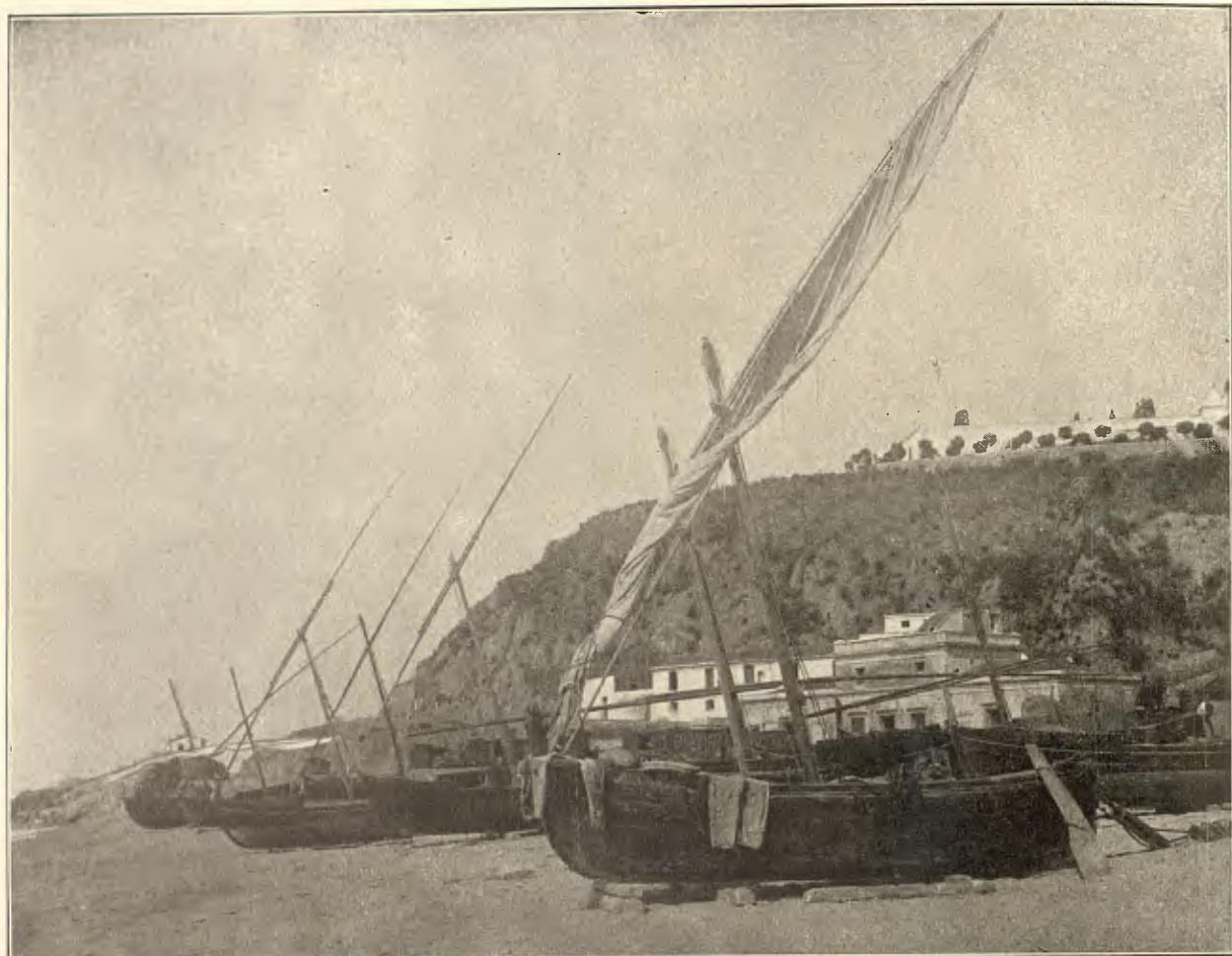


POMPEYO GENER

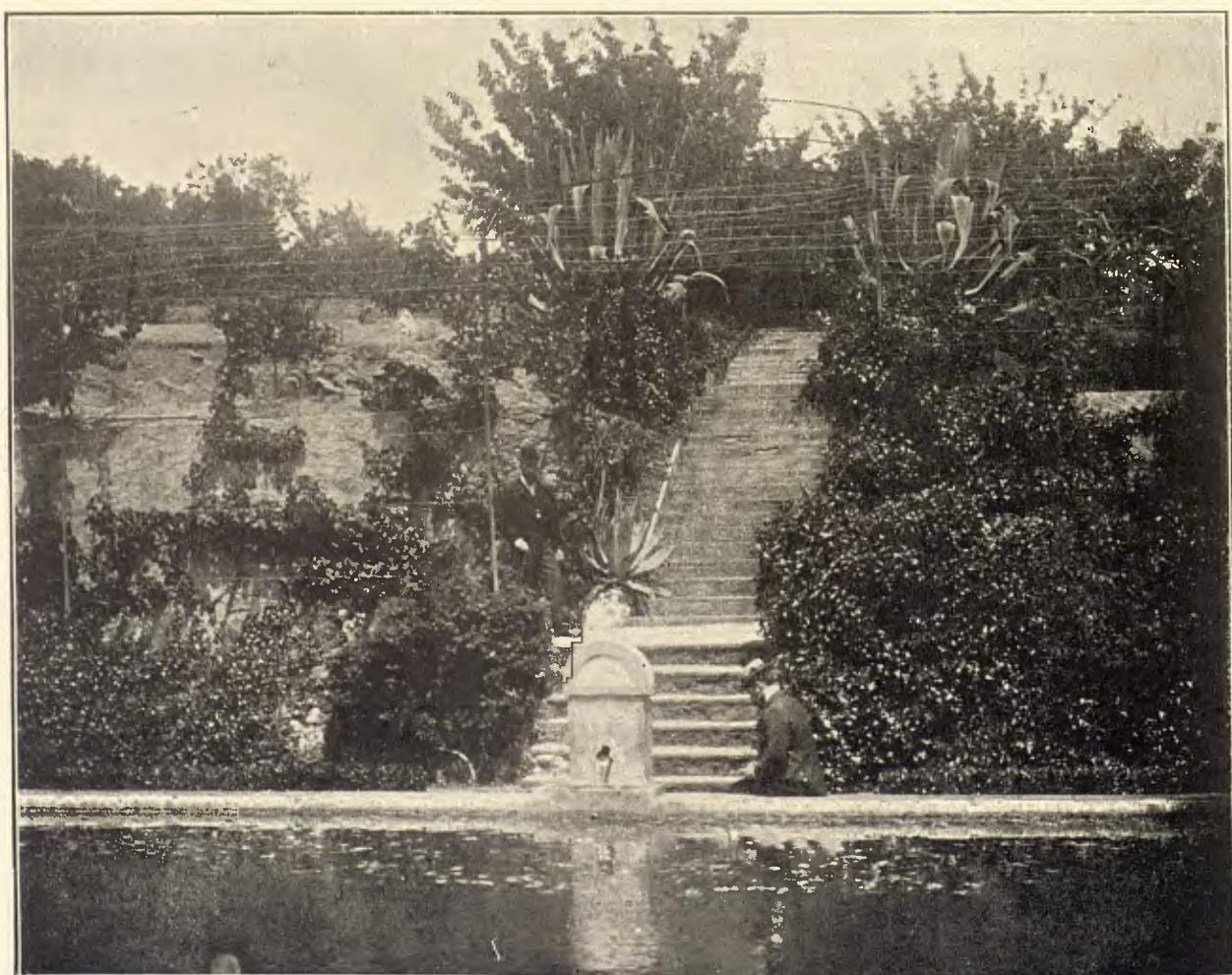


ARMADURA ECUESTRE, DE CABALLERO ARABE CORDOBÉS

LAS FIESTAS DE ARENYS DE MAR



Un rincón de la playa



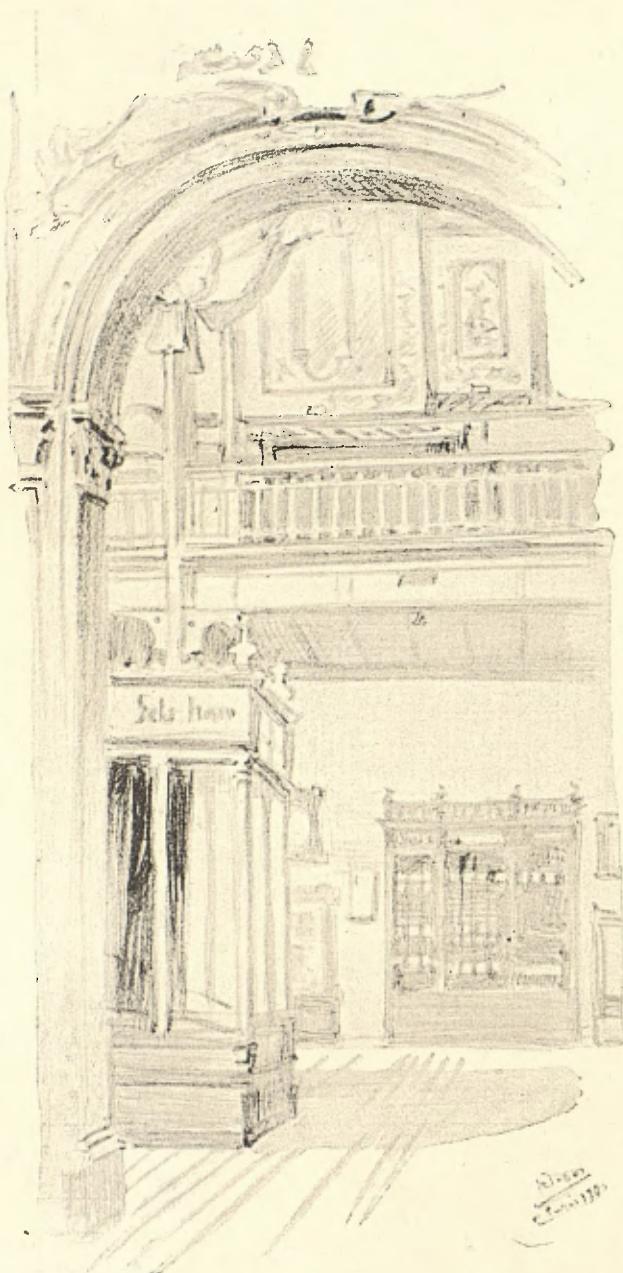
Sitio predilecto del Dr. Català, durante su veraneo en Arenys



Monumento levantado á la memoria del Dr. Català, junto á la iglesia de Arenys



Vista de Arenys de Mar, durante las fiestas, con los entoldados levantados entre la vía férrea y el mar



Crónica de la Exposición de París

SECCIONES DE ESPAÑA

Quien siga el movimiento general del mundo, estudiando sus etapas, sus cambios de dirección y sus retrocesos, observará sin esfuerzo, que las naciones, aun las que siguen líneas paralelas, en su camino de avance, se apartan cada vez más, dependiendo la distancia que las separa de la velocidad inicial de cada una de ellas, y de la resistencia en mantener la velocidad adquirida para aventajar á las que, por cansancio, indolencia ó desgracias de fortuna, se paran ó modifican su esfuerzo, aunque sepan mantener la buena y progresiva dirección que las coloca entre las sociedades civilizadas del mundo.

España ha debido pararse tantas veces en su camino, por razones varias, y causas que le son más ó menos imputables, que no es extraño que en las Exposiciones Universales haga siempre mal papel, pero, sería necesario que yo desconociera, por completo, el desarrollo de la industria nacional, en todas sus manifestaciones, para afirmar que lo presentado aquí por los expositores espa-

ñoles, pueda parecer sombra de la realidad, tan por bajo de ella se queda cuanto, con varía fortuna, ocupa puesto en el Campo de Marte de este Certamen Universal.

Debo la verdad á mi país y la voy á decir tal como la siento; aun habiéndonos presentado mejor que nunca, como las demás naciones han hecho, en esta Exposición, esfuerzos superiores al de otras veces, el espacio que nos separa de ellas aparece más manifiesto, siendo doloroso que los que más lo recriminan, critican y vociferan son los que nada han hecho, ni harán nunca por su país, porque si el tiempo que perdemos los españoles en despedazarnos, lo empleáramos en el trabajo que cunde y engrandece, España sería, en breve, uno de los países más ricos, más prósperos, y más adelantados del mundo.

Pero dejando esto á un lado, de interés relativo ciertamente, por más que sea un signo de inferioridad de nuestra raza, y aun más de los que emplean el tiempo de manera tan lastimosa, justo es dejar sentado que la industria española, protegida, como la de ninguna otra nación por el gobierno del país, que ha pagado cuanto había que pagar para que los expositores acudieran, sin esfuerzo, á este gran certamen, ya que parecía á todos los que piensan algo en los destinos de la patria, que convenía á nuestros intereses mostrarnos afanosos de prestigio, cuando tantos reveses de fortuna lo han puesto en entredicho, no ha hecho caso alguno de las ventajas ofrecidas por el gobierno, y que, reacia á mostrarse á la altura de su desarrollo, ha consentido que en la Sección de Hilos, Tejidos y Vestidos, el mundo juzgue de la producción española, con datos incompletos, falsos en la proporcionalidad de sus elementos, y desde luego y con raras excepciones, mostrando una mezquindad rayana en la miseria.

Quien salga de las secciones francesas, alemanas, austriacas y suizas, que están codeándose con la nuestra, y haya llenado su retina de los explendores de cristales tallados inmensos, de los arrogantes despliegues de sus tapices, sederías, bordados, confecciones de sombreros, corsés, guantes, paraguas, sombrillas, de las instalaciones del Printemps, Bon Marché, Au Gagne Petit, &c., y tropecie con nuestras instalaciones en que se ha tenido que hacer un esfuerzo colosal para tapar sus deficiencias, empalmando vitrinas grandes y chicas, bonitas y feas, de todos colores y categorías, cuando he repetido hasta la saciedad que en las Exposiciones nadie va á imponer su criterio personal, que cada especialidad ha de congregarse y montar su vitrina colectiva, que esto es útil, bonito y barato, y que estas cosas ya no se discuten en ninguna parte, da pena pensar que no haya ahí voluntad ni energía que basten para encauzar y llevar las cosas por buen camino, y que, cayendo siempre en los mismos errores y deficiencias, el mundo nos ha de juzgar, no por lo que somos y valemos, sino por lo que nos afanamos en hacer creer que somos, torpes en el decir, poco sinceros en el hablar, ansiosos siempre de deprimir, ante el extranjero, á nuestro país; y olvidando que quien tal cosa hace, y por este solo hecho merece, de toda persona de buen sentido, la commiseración y el desprecio.

Valiosos son los elementos que han traído aquí sus hilados y tejidos de algodón, pero, ¿quién ha de creer que 16 vitrinas de las fábricas de Balet, Vendrell y C.ª, Sucesores de Andres Basté, Sobrinos de Juan Batlló, Ramon

Bonet, Bordoy y Bonet, Ignacio Borrás é hijos, Sucesores de A. Brutau, A. Dasca y Boada, Sucesores de Fabra y Portabella, Gironella y Masriera, Mañé y Ordeig, Camilo Mulleras, Portabella y C.ª, J. Prat y Marcet, Serra y Bertrand, y Solá, Sert y Formosa, puedan representar la importancia de la Industria de hilados y tejidos de algodón en España, y especialmente en Cataluña; y sin embargo, el extranjero juzga por lo que ve, y dando á las cosas la importancia que merecen las instalaciones presentadas, si es inteligente, aun dando á los productos presentados la importancia merecida, ni teniendo ojos de lince logrará descubrir lo que es esta industria en Cataluña, y la riqueza que representa en el llano de Barcelona, y en las cuencas del Llobregat, del Ter, y de sus afluentes, en las cuencas altas de los principales ríos del Principado Catalán.

En estampados que podríamos figurar entre lo mejorcito presentado aquí, apenas damos fe de vida; en lanerías, si no fueran Sabadell y Tarrasa, las fábricas de paños de Bejar, de Rodríguez Yagüe y Gómez Rodolfo, y poco más, tan poco más que ni esforzando la memoria consigo dar con otro nombre, la sección española que tantos motivos tiene de ostentar en el ramo de lanerías, firmas de primer orden, tanto en géneros bastos como en finos, no sería más que un boceto de lo que se podría hacer, si estuviera mejor presentado, y montado con ánimo de lucir y recordar lo que hacen las industrias similares del mundo entero.

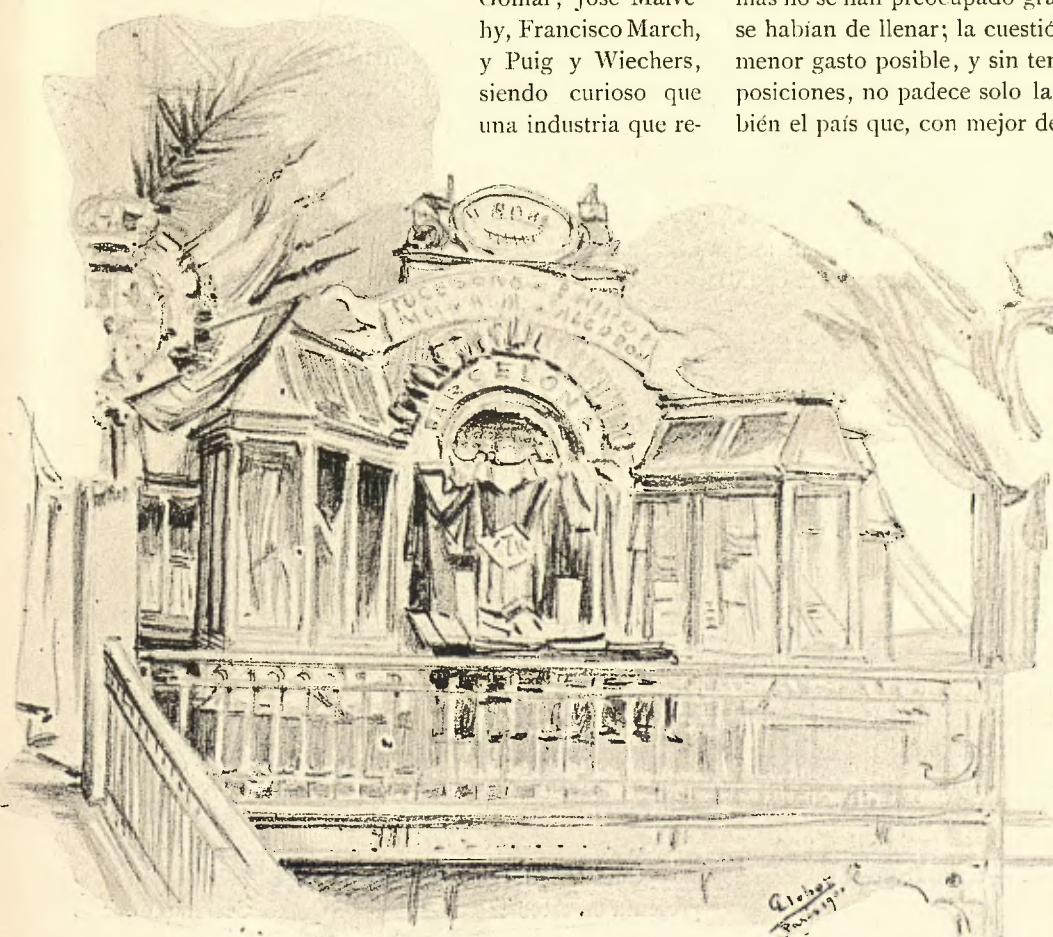
En sederías hay un grupito interesante en que figuran como primeras firmas: Alorda y C.ª, Salvador Bernades, Juan y Eusebio Campoy, C. Fábregas Rafart, Antonio

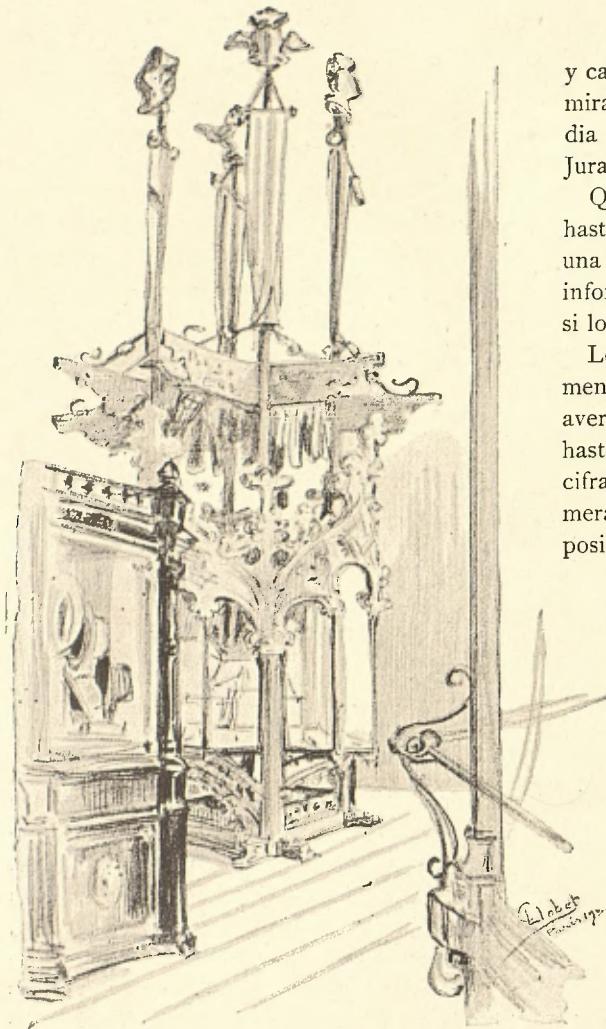
Gomar, José Malvehy, Francisco March, y Puig y Wiechers, siendo curioso que una industria que re-



sucita, tenga empuje muy superior al de otras que cuentan con historia larga y no interrumpida en nuestro país, porque si solo las casas Mañé y Ordeig, Camilo Mulleras, Serra y Bertrand, y Sobrinos de Juan Batlló figuran con muebles ricos en el ramo de algodones de esta sección, no han mostrado menos empeño en lucir los sederos Bernades, Puig y Wiechers, y Alorda, tanto en sus vitrinas como en sus géneros corrientes y de exportación. Los demás no se han preocupado gran cosa, ni de los huecos que se habían de llenar; la cuestión era salir del paso, con el menor gasto posible, y sin tener presente que, en las Exposiciones, no padece solo la casa expositora, sino también el país que, con mejor deseo que fortuna se obliga á presentar, ante el mundo y con decoro, cuanto informa su cultura y el desarrollo de sus industrias, sus artes y sus servicios.

En géneros de punto, la deficiencia es tan enorme que cuesta trabajo hacer comprender á las gentes el desarrollo, la perfección y la baratura del género de nuestros fabricantes de Mataró; las casas de Colomer hermanos, de Comas Blanch, de Pablo Soler, de Bonay y C.ª, muy importante la primera, dignas de atención las segundas, ¿cómo han de dar cabal idea aun contando lo que han expuesto los Sobrinos de Juan Batlló, y Solá-Sert y Formosa, de una industria





que exporta sus géneros á distancias enormes, sin temor al recargo del flete, y al quebranto posible, de pagos hechos en la India, á plazo siempre largo y en condiciones desfavorables para el productor?

La contestación yo ya la sé: «trabajamos demasiado, no tenemos tiempo para pensar en Exposiciones, nuestros almacenes se vacían semanalmente, y no podemos más.» Y sin embargo, los trabajos del Jurado, que serían una revelación para muchas gentes, darían contestación clara

y categórica á los que, en mi concepto, raciocinan, sino mal, con miras de corto alcance, porque la significación de lo que se estudia aquí, siguiendo, con alguna atención, las observaciones del Jurado, no puede ser más elocuente.

Quien tenga paciencia para leer este artículo cuide de seguirme hasta el fin; y no acudiendo más que á su buen sentido, descubrirá una verdad incontestable, la de que no conocemos el criterio que informa el movimiento industrial de las grandes naciones, y que si lo conocemos, no sabemos aplicarlo.

Los grandes industriales del mundo han acudido á este Certamen; ante ellos se ha presentado el Jurado, con la pretensión de averiguar el desarrollo alcanzado, por cada industrial, desde 1889 hasta 1900, y sin preámbulos han pretendido saber, cual era la cifra del negocio en 1889, y cual la de 1900. La pretensión, á primera vista, parece excesiva, y sin embargo, entre más de 500 expositores, uno solo se ha negado á contestarla; nunca pudo decirse

con más motivo, que la excepción confirma la regla general. Pues bien, la diferencia de producción, en las grandes industrias, en menos de 12 años, resulta enorme: muchas veces y en negocios que cuentan por millones, el aumento pasa del 50, 80 y 100 por ciento. Ante este resultado; yo pregunto á los industriales españoles que tienen demasiado trabajo; si los extranjeros opinaran que la excesiva demanda no supone un aumento de producción, y no cuidaran de hacer correlativos, los medios de producir y las necesidades del mercado; ¿cómo sería posible alcanzar aumentos de 50 y 80 por ciento en el término de 12 años y en industrias que han de temer la contingencia de la lucha en la casa propia y en la agena, si se contentaran con la producción ordinaria, y con los elementos de producción que el tiempo inutiliza, y el ingenio humano malbarata.

Si los grandes industriales que han gastado miles y miles de francos en esta Exposición, creyeran que ya lo han hecho todo, y que su misión ha concluido cuando han alcanzado una suma de millones superior á lo que había soñado su deseo, la suerte de la industria se pararía ante un éxito tan portentoso; y, sin embargo, todo indica que el mundo marcha, que el progreso cunde, y que el fin, la última etapa de su desarrollo en la tierra, es aun un punto indeterminado en el espacio.

RAFAEL PUIG Y VALLS

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Cansado de pasear mi cuerpo y mi curiosidad por distintos lados de la Exposición, fui, la otra tarde, á buscar un poco de reposo en uno de los innumerables cafés que la previsora y paternal Administración ha establecido, ó mejor dicho, dejado establecer aquí, acá y acullá.

Y principiaba á saborear un bock noruego, cuando vieron á instalarse en la mesa próxima á la mía dos caballeros de decente catadura, luciendo uno y otro la roja cintita en el ojal del chaqué y los cuales, después de pedir dos *soda water* prosiguieron en esta forma el diálogo que tenían empeñado.

— Vaya... no digáis desatinos — exclamaba uno de ellos, rubio, de rostro jovial. — Esta Exposición es un éxito y un éxito completo.

— ¡Pardiez! — replicaba el otro, que era un tipo moreno y de aire gruñón — todas las majaderías en grande escala tienen éxito y éxito completo. Ya lo sabíamos eso...

— ¡Majadería llamáis á un Concurso internacional tan imponente, tan grandioso, como la Francia ha sabido organizar, agrupando en torno de su poderío y de su riqueza industrial y artística, la riqueza y el poderío de las demás naciones del Universo!... ¡Majadería una obra de paz, de fraternidad y de civilización humanas!

— Dejaos de frases hechas... Ese Certamen internacional no es, al fin y al cabo, más que una gigantesca feria; y si á vos las ferias os entusiasman, á mí me apestan.

— Cuestión de gustos; pero no me negaréis que París presenta en estos momentos un aspecto deslumbrador...

— ¡Deslumbrador! — gritó el moreno pegando un brinco sobre su asiento. — Mejor diríais un aspecto estafalario, antipático, irritante...

— ¡Vaya una ocurrencia! — dijo el rubio encogiéndose de hombros.

— No es ocurrencia: es la pura verdad; para un parisien nato y neto como yo, para un parisien que vive además consagrado al arte, el aspecto que hoy ofrece París es sencillamente insoportable. Y lo es porque nuestra ciudad que es en su aspecto normal la más bella del mundo — á mis ojos cuando menos — pierde cuando vienen estas epidemias á plazo fijo, que se llaman exposiciones, todo su carácter. París ya no es París: es un campo de feria, atestado de cosas exóticas, henchido de curiosidades, cuya contemplación me gustaría, como me ha gustado, en su sitio correspondiente, esto es, en su elemento natural, pero que aglomeradas aquí en disparatada vecindad, me producen un efecto penoso, violento; el efecto inarmónico que causan los contrastes anti-estéticos.

— Me confesaréis, sin embargo, que dentro de ese exotismo como vos le llamáis, se han realizado verdaderas maravillas. Así por ejemplo, la calle de las Naciones...

— Es la invención más desdichada que se le podía ocurrir al Director de ese monstruoso Bazar.

— ¡Hombre, por amor de Dios!... — gimió con aire escandalizado el caballero rubio.

— ¡Pues, que duda tiene! — declaró el moreno asentando un formidable puñetazo sobre la mesa. — Ponedme cada uno de esos pabellones nacionales aparte, muy aparte unos de otros, á fin de que sus respectivas visiones no puedan mezclarse ni confundirse y quizás... quizás me producirán una impresión agradable; ¿pero qué impresión de arte, ni que sugerencia de belleza queréis que nazcan de esa mezcolanza absurda que presenta confundidos en un mismo plano estilos arquitectónicos tan opuestos?

— Pues de esa oposición encuentro yo que nace el mayor atractivo...

— Cuestión de gustos, como decíais hace un momento — replicó el moreno con marcada ironía — pero me permitiréis deciros que el vuestro me parece detestable. Cuanto á mí, me crispa los nervios esa famosa calle de las Naciones. Poner á la arquitectura alemana en contacto con la italiana, la rusa con la cambodiana, erigir el pabellón de España á cuatro pasos del noruego y el de Inglaterra cerquita del de Portugal, es sencillamente estúpido; si señor, estúpido. Soy partidario como el que más de la fraternidad de los pueblos y de la armonía entre las naciones; pero esa alianza cosmopolita-arquitectónico ¡me carga, me carga, me carga!...

Echóse el otro discrepante á reír, viendo la vehemencia con que hablaba su amigo. Luego dijo:

— Aun admitiendo, que ya sería mucho admitir, que en este punto llevárais razón, no podréis negarme lo más esencial de todo, á saber: que con este grandioso Certamen la Francia da una prueba incontestable de su riqueza, del prestigio que goza en todo el mundo, y de su misión eminentemente civilizadora.

— ¡Siempre el mismo cliché!... — exclamó el adversario de la Exposición, alzando los hombros con gesto de enormísimo desden — ¡siempre el eterno cliché!... Que

la Francia da una prueba de su riqueza... ¿Y qué?... ¿No lo sabe todo el mundo que nuestro país es rico?... ¿Necesitamos para demostrarlo organizar toda esa inútil barraquería?... Otra nación hay tanto ó más rica que la nuestra, como lo es la Inglaterra: ¿no es verdad?... Pues no tengáis miedo que á los ingleses se les ocurra el establecer en Londres una de esas ferias: ¿y por qué?... porque nuestros vecinos son gente práctica que no gusta de fantochadas. Hace cuarenta años organizaron una y con muy buen éxito, por cierto; pero vieron que con eso no se iba á ninguna parte y se han guardado muy mucho de reincidir. Cuanto á lo del prestigio que Francia goza en el mundo, os recordaré solamente que era mucho mayor en 1868, cuando la Exposición á que asistieron todos los monarcas de Europa. Ya sabéis, sin embargo, lo que ocurrió dos años después. Y por lo que decis de nuestra misión eminentemente civilizadora, os haré observar que no ha menester de ferias colosales ni de bazares monstruos, para abrirse paso. Nos bastan nuestros sabios, nuestros escritores, nuestros artistas; estos son los que civilizan á la Francia y al mundo entero. De la anterior Exposición no quedó más que la torre Eiffel; de esta quedará el recuerdo del *trotoir roulant*: ¿creeis que esas cosas influyan grandemente en nuestra misión civilizadora?

— No me negaréis, empero, — observó el rubio — que esa gran solemnidad hace entrar raudales de oro en los bolsillos de la Francia...

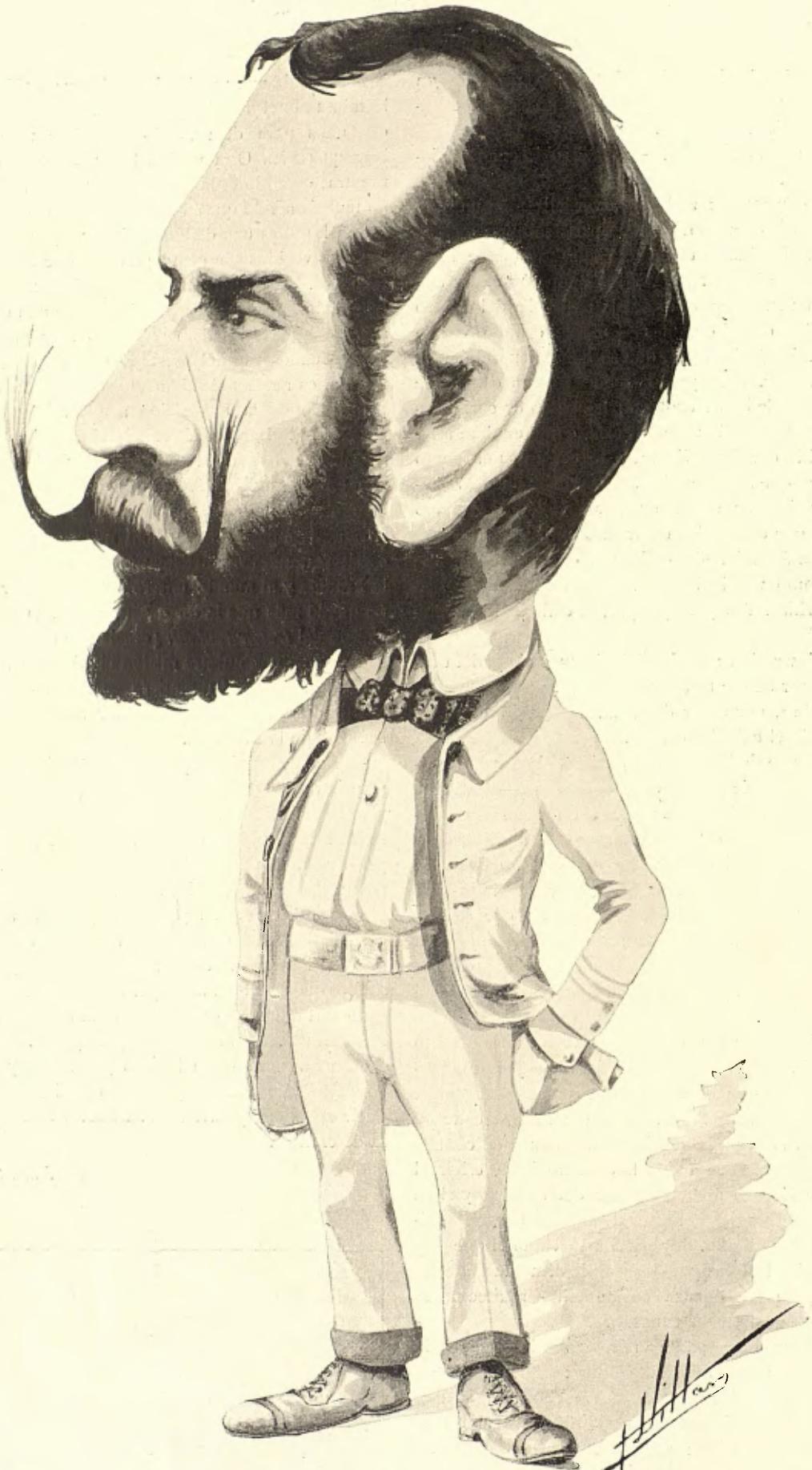
— De la Francia no, de París; y aun únicamente de una pequeña parte de París. ¿Qué salimos ganando ni vos, ni yo, ni muchísimos millares de parisienes con esta Exposición? Nada; ni un céntimo. Salimos, por el contrario, perdiendo. ¿Qué gana la Francia en general? Nada tampoco; pierde, en cambio, todo el dinero que se repartiría proporcionalmente en provincias y que va á parar en las cajas de los ferro-carriles y en las de los fondistas y cafeteros de París. Para esos se ha hecho la Exposición; esos son los que salen ganando y... francamente, para enriquecer á tres ó cuatro gremios no valía la pena de convertir París en inmenso almacén de quita y pon.

Aquí, se levantaron los dos platicantes y se fueron; y yo me levanté también y también me largué, para reproducir el diálogo y enviarlo al Director de *Hispania* á guisa de crónica.

ALFONSO DE MAR



Obreros franceses bebiendo, al lado de la chimenea monumental



EL MINISTRO NUEVO

El que viene á continuar
la gestión de Villaverde,
á ver si la va a... cabar
ó nos enseña á jugar
el juego de gana - pierde.



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

«En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arquerios del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassirí-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faenza, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpartier y Palíssy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geógrafo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicoloso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición cerámista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medievales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reúne excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística*, EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

*El Secretario General,
(Rubricado)*

Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invento en España y el
Extranjero

Nuevo
elemento
para la
decoración
de
frisos,
artesonados,
muebles & &

No se
rompen,
son lige-
ros, imper-
meables,
y baratos.

Viéndase
el
Catalogo

PATENTED INVENTION

Hermenegildo Miralles
y Bailén. Barcelona.

1893